República de Colombia — Departamento de Nariño

Publicación del Instituto "Juanambú" Nº 2

Actos Conmemorativos

celebrados en La Unión (Nariño)

con ocasión del Sesquicentenario del Nacimiento

del

Gran Mariscal de Ayacucho

Compilación y arreglo de piezas

de

LUIS ACOSTA D.

Secretario General de la Junta de Festejos

PASTO

Imprenta del Departamento

1945

República de Golombia - Departamento de Nariño

Publicación del Instituto "Juanambú" No. 2

Actos Conmemorativos

celebrados en La Unión (Nariño)

con ocasión del Sesquicentenario del Nacimiento

del

Gran Mariscal de Ayacucho

Compilación y arreglo de piezas

de

LUIS ACOSTA D.

Secretario General de la Junta de Festejos

PASTO

Imprenta del Departamento

1. 9 4 5

Publicaciones del Instituto Juanambú

1°.– *La Unión, Municipio modelo del Departamento de Nariño.* Monografía Histórico–Geográfica por Sergio Elías Ortiz. 92 páginas. Una visión de conjunto de lo que ha sido La Unión desde sus orígenes. Complementan el estudio tradiciones, importantes datos estadísticos y la historia completa de este gran pueblo.— Rústica.....$ 1-00.

* * *

2°.– *Actos conmemorativos celebrados en La Unión –Nariño– con ocasión del Sesquicentenario del nacimiento del Gran Mariscal de Ayacucho.* Compilación y arreglo de piezas de Luis Acosta D., Secretario General de la Junta de Festejos.

EN VIA DE PUBLICARSE:

3°.– *Antroponimia, Toponimia y Dialectología indígenas del Suroeste de Colombia* por Sergio Elías Ortiz.

* * *

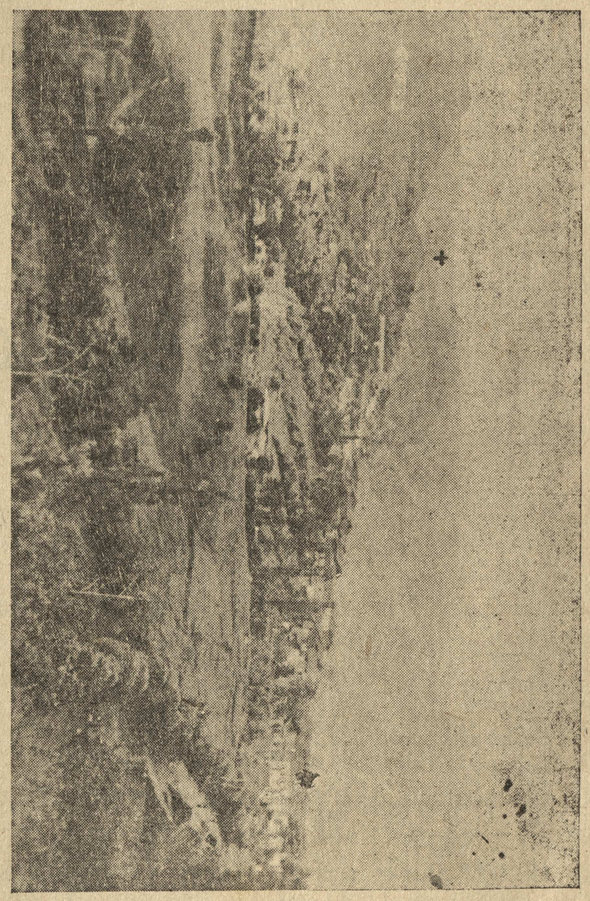
4°.– *Poesías de Aurelio Arturo*, uno de los mayores representativos del grupo piedracelista.

A MODO DE PROLOGO

En el sesquicentenario del nacimiento del Mariscal Sucre

SERGIO ELIAS ORTIZ

Con inusitado esplendor, como que se trata de una de las grandes fechas en los fastos de América, celebra hoy el mundo Bolivariano el centésimo quincuagésimo aniversario del nacimiento de aquel de quien el Libertador, con visión aquilina pronosticó que llegaría a eclipsarlo, y que, si no llegó a tanto porque el padre y fundador de naciones andaba dentro de la categoría del genio, sí llenó con sus hechos un ciclo heróico de la titánica contienda de un mundo nuevo contra el antiguo feudalismo, a la altura de San Martín, de O' Higgins, de Belgrano, de Washington, de Santander, de Páez, superándolos en algunos aspectos; a la altura de los muy contados hombres que en este continente marcaron con su espada y con su talento de estadistas un rumbo nuevo a los



La Unión (N.) y sus aledaños. Marcado con una cruz el sitio en que cayó el Gran Mariscal de Ayacucho.

anhelos de las multitudes. Por ello tiene que marcarse como un hito histórico en los anales americanos esta gloriosa efemérides y las naciones tienen obligación sagrada de dar suelta a sus sentimientos de gratitud y de veneración para quien fué su libertador en la lucha contra la coyunda ibérica, su guía espiritual en la conquista de los derechos del pueblo y, a la postre, su víctima propiciatoria y su mártir para ser total el destino que reservan las democracias a sus mejores hijos y cumplirse esa síntesis de consolación filosófica ante los hechos de comprensión imposible que el gran Valencia cristalizó en frase de desesperanza en la apoteosis del mártir del Capitolio: ¡Oh democracia, bendita seas, aunque así nos mates!

Bien está, pues, que las repúblicas que sintieron un día estremecidas su hálito victorioso se congreguen en días como éste en fiestas de recordación patriótica, cumpliendo no solamente con imprescindibles deberes cívicos, sino también como un deseo del mismo Sucre, expresado en aquella sencilla comunicación en que dió cuenta al Cuartel General de Guerra del triunfo de Ayacucho, cuando remitió al Libertador, en breves frases triunfales, el soberbio estandarte de Castilla y de León, traído por Pizarro, e implantado en las tierras del mar océano, trescientos años antes y los cuatro pendones del Alto Perú, insignias de vasallaje y esclavitud: "Este trofeo que el ejército presenta a su Excelencia, decía Sucre, en testimonio de respeto y aprecio, recordará un día a los hijos de los libertadores que sus padres, penetrados de los deberes patrios y del sublime amor a la gloria, condujeron en triunfo las armas de Colombia a las eminentes cimas del Potosí"; así quería el Gran Mariscal que se recuerde la epopeya gloriosa y así la recordamos celebrando con inusitado fervor el aniversario de su nacimiento como una etapa magna en una vida que

debía consagrarse por entero al servicio de la libertad de medio mundo atado al carro de la España imperialista de los siglos coloniales.

Y esta ciudad de La Unión, tiene en una fecha como ésta y al par de Cumaná, la cuna del héroe, mayor obligación que ninguna otra en el regazo Bolivariano, de conmemorar con toda la pompa que le permiten sus limitados recursos, pero con todo el fuego que encendió su gratitud desde que el esclarecido prócer encontró aquí, un rincón de tierra para caer obscuramente vencido, como un personaje de la tragedia antigua, tiene, digo, una obligación moral ineludible de consagrarse al culto de ese hombre maravilloso, el segundo en la epopeya de América, no solamente en el aniversario de ese día fatídico que ensombreció el cielo de Colombia la Grande y amargó los últimos días del Padre de la Patria, sino en aquel otro blanco, en que se rompía el capullo de una vida heróica, cargada de promesas para los grandes destinos de América. Por ello aquí estamos a celebrar ese día de faustos recuerdos, no en verdad con la magnificencia que nos dicta el corazón, sino con la opacidad de que disponemos, pero en todo caso dando fe de que no olvidamos la admonición de Sucre a la posteridad, a que recuerde el valor, la constancia y heroísmo de las legiones de la República; proclama que no decae el patriotismo de que él y los próceres del ciclo heróico nos dieron alto ejemplo y afirmando el establecimiento inconmovible de los predicados de libertad en que se asentaron nuestras instituciones republicanas

Como ya lo indicaron quienes se han ocupado de los orígenes de la independencia de las naciones Hispano-Americanas, los años precursores, o sea aquellos en que nacieron y se desarrollaron los futuros próceres, tuvieron algo de los años de decisión de

que habla Spengler, como a manera de preparación de una tormenta que ensombrece el horizonte. Las fuerzas sociales en fermentación preparaban grandes hechos.

Las ideas revolucionarias de Francia sacudían los espíritus pacatos de los colonos. Había en el ambiente de fines del siglo XVIII signos de predestinación y fue ese el momento de moverse las cunas de los hombres que debían hacer las nuevas patrias; Bolívar, el rayo de la guerra; San Martín, el santo de la espada; Hidalgo y Morelos, predicadores del nuevo evangelio de libertad; Miranda, Nariño y Cortés Madarriaga, los grandes precursores; Santander, el estadista; Sucre, el estratega por excelencia, y cien, y mil más hombres prodigiosos que a tiempo que caía abrumado de gloria y abrumado de desencanto el coloso de Europa se levantaban como por ensalmo en todas partes de la América Hispana, al grito atronador de Quito, el 10 de agosto, al estallido de una bofetada en la quieta Santa Fé, el 20 de julio; al toque de arrebato de Caracas, el 19 de abril; al somatén de Dolores, el 16 de septiembre; al acto de la proclamación de derechos de la docta Córdoba Argentina, el 18 de septiembre; cunas que se movieron, brazos que se levantaron amenazantes, multitudes que se congregaron agresivas en las plazas públicas, pasquines sediciosos, maquinaciones secretas, cabildos abiertos, tribunos revolucionarios, generales incomparables, caudillos inmensos entre los años de 1780 y 1814. Treinta años de esperanzas, de sueños, de martirios, de luchas sin cuento, de sangre, de lágrimas.

En uno de esos años de decisión vino al mundo Sucre, el futuro Gran Mariscal. Traía en sus venas por su padre ascendencia francesa y quién sabe si por algún hilillo invisible del ancestro había heredado

algo de Condé, Turenna, del Caballero de Bayard, porque como ellos fué Sucre caballero sin tacha y sin miedo y como ellos estratega de primer orden, inaudito, inconcebible para los conocimientos de la época que se alimentaban de los textos de Montecuculli; que no cursó academias de guerra, ni tuvo a su alcance, porque los tiempos eran difíciles, las enseñanzas del genio inconmensurable del amo de Europa. Tenía Sucre muchos rasgos de la cultura francesa, era un acabado modelo de tacto, de savoir faire, de modales finos, así lo reconocieron cuantos lo trataron y cuantos fueron sus biógrafos. El Libertador que lo comprendió profundamente, con intuición de genio, desde el primer momento que lo conoció, dijo de él en memorable ocasión: "Es uno de los mejores oficiales del ejército, reúne los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom; por extraño que parezca, no se le conoce, ni se sospecha sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a la luz, persuadido de que algún día me rivalizará".

Por la madre, Sucre, el inmorlal, venía del linaje de los Alcalá, que se nos antoja un tanto misterioso y nos hace pensar si no sería de aquellos Alcalá perseguidos por su raza y que, conversos o nó, pasaron a América y fueron recortando apellidos para que sonasen a cristianos y los libertasen del odio secular de los pueblos.

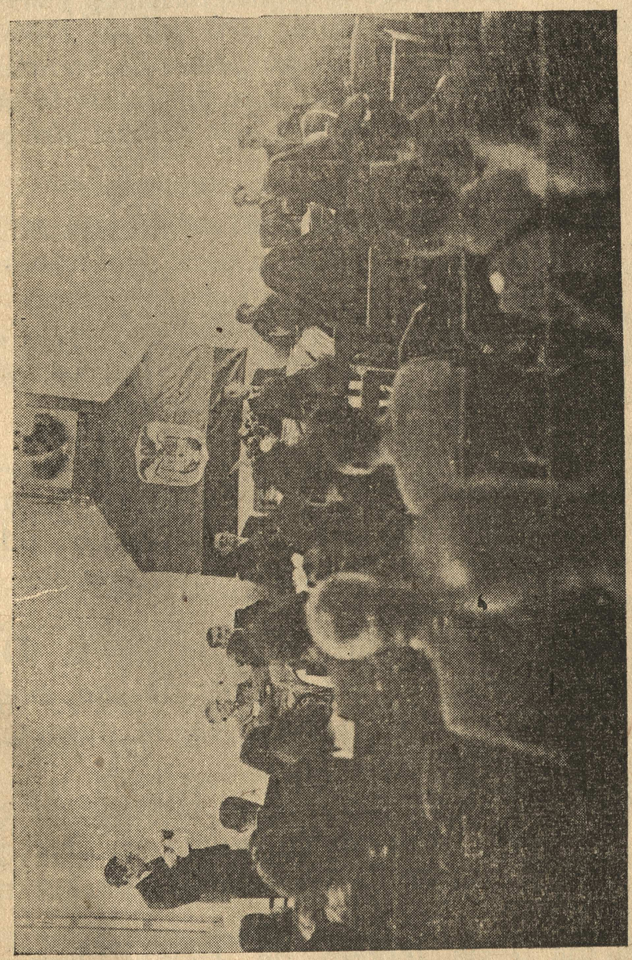
Sea de ello lo que fuere, con elementos extraños, al parecer contradictorios, se amasó un día colonial aquella soberbia figura de epopeya. Creció con todas las comodidades de un hogar distinguido y rico, pero dentro del ambiente de agitación de ideas precursor de la tormenta emancipadora. En todos los espíritus americanos, en mayor o menor grado, estaba latente la queja que contra la madre patria hizo os-

tensible el ilustre Camilo Torres en el famoso Memorial de Agravios y que resume la causa de la revolución continental: "¿De donde han venido los males de España, sino de la absoluta arbitrariedad de los que mandan? ¿Hasta cuándo se nos querrá tener como manada de ovejas al arbitrio de mercenarios que en la lejanía del pastor pueden volverse lobos? ¿No se oirán jamás las quejas del pueblo?.... ¡Igualdad, santo derecho de la igualdad! ; justicia que estribas en esto y en dar a cada uno lo que es suyo, inspira a la España europea estos sentimientos de la España americana; estrecha los vínculos de esta unión; que ella sea eternamente duradera, y que nuestros hijos, dándose recíprocamente las manos, de uno a otro continente, bendigan la época feliz que les trajo tanto bien. Oh! Quiera el cielo oír los votos sinceros del Cabildo y que sus sentimientos no se interpreten a mala parte! Quiera el cielo que otros principios y otras ideas menos liberales no produzcan los funestos efectos de una separación eterna!"

Dentro de ese malestar que denuncia Torres con un valor civil incomparable se iba formando el chicuelo reflexivo de Cumaná, el estudiante de matemáticas de Caracas, el futuro teniente de ingenieros, cuando era casi un niño, el futuro comandante de milicias de Cumaná, el oficial taciturno y modesto que, como defensor en el terrible sitio de Cartagena, se multiplicaba para llenar las funciones de otro y, siempre gallardo, protegía "contra ruines insultos a los obreros españoles", según don Lino de Pombo; el que había de ascender vertiginosamente a las alturas del mando como militar y hombre de estado; el teniente coronel del año 13, el coronel del año 17, el general de 1819, cuando Bolívar nada sabía de ese generalato de este guerrero prodigioso, pero que en cuanto lo tuvo a su vista lo confirmó, no solamente

en el grado sobradamente merecido, sino en su admiración y en su cariño imperecederos; el diplomático para los tratados de la regularización de la guerra; el vencedor en la que pudo llamarse batalla de las naciones de América, la acción de Pichincha donde el poder real quedó anonadado en el antiguo reino de Quito; el triunfador en la épica jornada de Ayacucho en que el desastre de las armas peninsulares fue tan grande que ya no tuvo aliento para continuar en la brega, pues cayeron en manos de Sucre, el vencedor, 16 generales incluso el Virrey La Serna; 16 coroneles; 68 tenientes coroneles, 484 sargentos mayores y oficiales, más de 2.000 soldados y la artillería, los pertrechos y la mayor parte de los elementos militares con que los representantes del rey don Fernando querían apagar la rebelión de las colonias; el organizador de la patria boliviana; el que había de imponer la justicia de Colombia en Tarqui; el presidente de un congreso que, si tuvo mucho de admirable por la sana intención de consolidar la gran patria destrozada por las ideologías encontradas de la época, selló para siempre el aniquilamiento de la obra de los libertadores.

Así vino a la vida, así se formó, así luchó ese espíritu de selección desde el ambiente tranquilo y confiado de la señorial Cumaná, hasta caer rendido en estas breñas nuestras de la Jacoba que no tuvieron ninguna culpa en el horrendo parricidio y que les cupo, en cambio, la gloria de recibir reverentes esos despojos abrumados de gloria y apesadumbrados de desencanto. Tuvo Sucre, como canción de cuna el fragoroso rugido del mar al estrellarse en los acantilados de la costa cumanesa y como miserere de eterno descanso el aire suave que va murmurando una canción de perenne recuerdo. Guardamos aquí nosotros, en esta heróica tierra de La Unión, con veneración y gratitud, ese recuerdo de canción de cuna y este otro de canción de olvido, como una mística, ya que el destino quiso que aquí la tierra buena y compasiva recogiese el último aliento del segundo entre los grandes Libertadores de América.



La sesión solemne en el "Instituto Juanambú". Momento en que el Dr. Aristides Castillo C., lée su conferencia.

Antonio José de Sucre

Conferencia pronunciada en el Salón de Actos del "Instituto Juanambú" durante la sesión solemne del Instituto.

Aristides Castillo C.

A los hombres mediocres que brillan un instante es preciso tributarles pronto los póstumos honores, antes que se borren de la memoria de las gentes. Los varones inmortales pueden aguardar siglos la justicia de la historia y la gratitud del género humano.

RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA

Ilustre Rector del "Instituto Juanambú", señor Alcalde Municipal, señor Presidente del H. Concejo, RR. Madres Franciscanas, señoras, señores:

Ciento cincuenta años ha, y en esta fecha, la tierra, el cielo y hasta la misma vida de la fecunda Venezuela, habíanse dado cita cordial para el advenimiento de uno de los hombres más grandes de nuestra historia americana.

Cumaná fue el sitio que, escogido por la Divina Providencia, tenía que ser la cuna de oro, preparada para albergar en ella la grandeza, la inspiración y la espada de la libertad.

Se pierde en el pasado este acontecimiento que más tarde tenía que escribirlo la historia en sus páginas gloriosas y cantarlo la humanidad con sus mejores himnos.

Era el día 3 de febrero de 1795. Diecisiete días más tarde, en los libros parroquiales de Cumaná, se sentaba la siguiente acta:

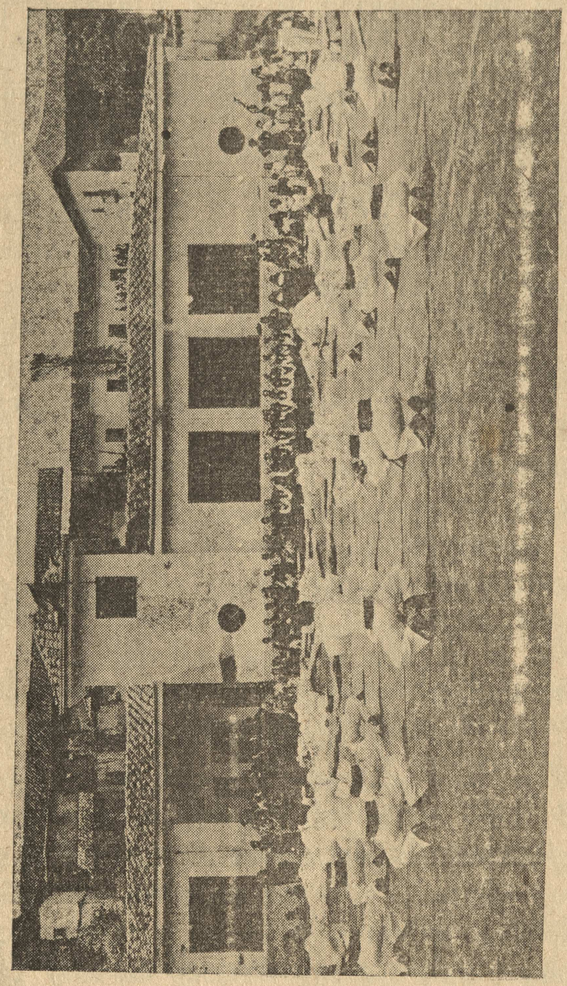
"En veinte días del mes de febrero de 1795, yo el Beneficiado cura castrense, don Francisco Joseph del Aguila, certifico que con mi licencia y asistencia, el Presbítero Dr. don Joseph Cándido Martínez, Secretario de Vista, bautizó solemnemente, puso óleo y crisma a Antonio, Joseph, Francisco, hijo legítimo de Vicente Sucre, Teniente de Infantería y de doña Manuela María Alcalá, el cual niño tenía 17 días de nacimiento; fueron padrinos el beneficiado don Antonio Patricio de Alcalá y doña Juana Gerónima Sánchez, a quienes advertí su obligación y espiritual parentesco; y para que conste lo firmo, y de ello doy fe. Francisco Joseph del Aguila".

Detengámonos, señores, unos momentos a contemplar los jalones de gloria que en pro de la libertad americana, colocó el Gran Mariscal de Ayacucho, para su inmortalidad, sobre la clara ruta de los siglos; pero antes de todo admiremos la estampa del héroe, burilada por mano maestra.

"Según escribe don Carlos R. Tobar, el general Sucre era de mediana estatura, aunque algo más alto que pequeño; delgado, sin ser enjuto de carnes; la cabeza simétrica y sin prominencias; la frente vasta, en especial hacia los lados, por donde formaba grandes entradas en los cabellos negros, recios y ensortijados; la piel morena, menos en las partes habitualmente cubiertas por el sombrero, de lo cual se desprende que la *empretecieron* los rigores de la intemperie; las cejas delgadas y perfectas; los ojos castaños, expresivos y dulces, excepto en el fervor de la batalla en que se encendían y relampagueaban; la nariz larga, combada, no fea; la boca regular; los labios finos pero salientes, sin duda por la costumbre de rasura a que sometía también la redondeada barba y las tersas mejillas sombreadas apenas por una estrecha y corta patilla. El entrecejo ligeramente mar-

cado, rara vez se acentuaba para mostrar el rostro ceñudo. Sonreíase con alguna frecuencia, pues era hombre vivo e insinuante, descubriendo los dientes blancos e iguales. No reía sino difícil y momentáneamente; nunca fue propenso a las ruidosas demostraciones de la alegría, del pesar o de la cólera. Mesurado, amable, reflexivo, la discusión con los compañeros, la conversación con los amigos, las órdenes a los subalternos, salían de sus labios en suave sonido, como la tranquila expresión de una inteligencia cultivada, de un criterio recto, de un corazón benévolo, en una palabra, de un alma superior. Dócil, subordinado, desprendido, no arriesgó jamás como subalterno el feliz éxito de una batalla, empujado por las rivalidades, celos o caprichos, que movían frecuentemente a algunos oficiales voluntariosos, tercos y soberbios. Previsor, prudente, sereno en el peligro, humanitario, generoso en la victoria, no prodigó nunca, como jefe, la sangre de los patriotas ni de los realistas, ni precipitó acontecimientos, ni guerreó por el lustre de su nombre, sino siempre para provecho de la república y por amor a la libertad. Su sola ambición —agrega el mismo escritor— fue la de la virtud". (1)

Apenas tenía quince años el futuro "redentor de los hijos del Sol", cuando ingresó con el grado de Subteniente en los ejércitos libertadores de nuestra guerra magna. Eran los años de 1811 y 1812 y ya al lado del ilustre Miranda, del general Anzoátegui, o del infortunado Piar, así como entre los generales Mariño, Valdés y Bermúdez, sentó fama de valiente en combates sucesivos, que jamás desmintieron a través de su vida, sus arrestos de patriota y estratega genial. "Asalta la Guaira con unos pocos compañeros de armas y triunfa sobre trescientos enemigos, dando comienzo con esa acción a la campaña que en 1813 dió libertad a las vastas regiones orientales de Venezuela".



"Instituto Juanambú". Los alumnos durante los ejercicios gimnásticos.

En agosto de 1813 se unió a Bolívar. Estuvo en Cartagena con el Libertador; y ayudó a defender la ciudad contra Morillo en el sitio de los ciento ochenta días, en 1815. Pero pudo salir de allí antes de que la ciudad cayera en poder de los realistas, dirigiéndose a Trinidad. Volvió a Venezuela en 1816 y con valor indomable combatió en las famosas batallas del Juncal y San Félix y en cien campañas más. (2)

Mientras tanto Venezuela y la Nueva Granada, se ahogaban en un piélago de sangre, al parecer inútil; pues que tras la lucha de los libertadores triunfantes, de nuevos signos contradictorios y realidades adversas, sumían en el madero de la impotencia y del yugo peninsular a esas nacientes democracias. Por ello sólo la fé incontrastable del Libertador reclamaba la necesidad de la lucha hasta el fin en su proclama dirigida a los venezolanos desde su cuartel de Angostura en 1818, cuando decía: Perdidas Venezuela y la Nueva Granada, todavía me atreví a pensar en expulsar a sus tiranos.

Y así, el Padre de la Patria, organizó la victoria con hazañas legendarias que culminaron en la campaña libertadora de Boyacá.

Entre tanto vino una tregua de seis meses de descanso, después de diez años de continuo guerrear inhumano y cruel. Lleváronse a cabo los tratados sobre armisticio y regularización de la guerra, que fueron firmados por Sucre, Briceño Méndez y José Gabriel Pérez, comisionados autorizados por Bolívar. En seguida Sucre fue enviado a reorganizar las tropas que a órdenes de Valdés habían sufrido una terrible derrota por parte de los pastusos en los campos de Jenoy. Hasta el pueblo de El Trapiche lo acompañaron el Teniente Coronel José Moles por parte del bando realista y el Coronel Antonio Morales por la

del patriota, pues éstos siguieron hacia Pasto llevando la grata nueva de suspensión de las hostilidades. (3)

Sucre llevó a cabo su mandato con brillo y eficacia: La labor diplomática ante el jefe de las tropas realistas, don Basilio García, fue admirable; y al mismo tiempo organizó el ejército que poco después había de acompañar a Bolívar en Bomboná. Pero sus talentos le preparaban un campo no menos cargado de dificultades que el intento de combatir contra los realistas de Pasto, y por ello el Libertador le confió la dirección de la campaña del Ecuador, que debía empezar con la entrada de Guayaquil a la vida independiente, aprovechándose del pronunciamiento patriota llevado a cabo en esa ciudad.

Enviado Sucre en vista de estos acontecimientos, por Bolívar, no sólo en misión diplomática sino militar, marchó sin vacilación al gran puerto sobre El Guayas, en donde después de colaborar en la expedición de la Constitución de la nueva provincia, se puso al frente de los ejércitos que él en persona organizó, para ir luego a presentar combate a las fuerzas realistas que comandaba Aymerich.

Después de varios encuentros con las tropas del Rey, en la noche del 23 de mayo de 1822, llevando a cabo maniobras de singular estrategia, alcanzó a colocarse al norte de la ciudad —cimas del Pichincha— logrando con ello la incomunicación de Aymerich con las fuerzas que de Pasto pudieran venir a reforzarlo para combatir a Sucre.

Conocedores los españoles de los últimos movimientos de Sucre, no tuvieron más recurso que presentar combate a los patriotas; y así después de trepar a las escarpadas alturas del Pichincha, el 24 de mayo de 1822, se rinden tras gloriosa jornada de las tropas republicanas —reputada como una de las

cinco grandes batallas de la independencia— quedando por tan memorable acontecimiento en libertad el territorio de la Presidencia de Quito, después de que Sucre victorioso, ocupó la ciudad con todos los cuantiosos elementos militares que poseía el enemigo. (4)

Terminadas con éxito las acciones de Bomboná y Pichincha, mediante capitulaciones que hacen honor a los jefes de los ejércitos libertadores, Bolívar viajó a Quito para orientar con su criterio de estadista eminente, los destinos de los pueblos que acababan de obtener la independencia.

A la sazón, cuando ya parecía asegurada la tranquilidad de los pastusos, Benito Boves, jefe realista —vencido en Pichincha— que había burlado la vigilancia de los patriotas que lo custodiaban entre otros prisioneros, levantó de nuevo a los habitantes de Pasto, se puso al frente del gobierno y de las tropas, y después de vencer al Coronel de la independencia Antonio Obando, se apoderó de todo el territorio libertado pocos días antes, hasta Tulcán. Bolívar envió a Sucre con el encargo de dominar el conato realista de Boves, y después de varios encuentros, venció en Yacuanquer al pérfido realista que huyó por el Amazonas. En esta forma quedaron dominados, siquiera momentáneamente, los afanes de los pastusos por la causa del Rey. Pues a poco agitaron con mayor ímpetu los intereses de ese terrible foco realista Agualongo y Merchancano, que sólo fueron batidos por los generales Salom y Mires, sucesivamente, en sangrientos encuentros.

Así comenta O'Leary la actuación de los realistas del Sur: "La esforzada resistencia de los pastusos habría inmortalizado la causa más santa o más errónea, si no hubiera sido manchada con feroces hechos de sangrienta barbarie. Y en desdoro de las armas republicanas, fuerza es hacer constar que se ejercie

ron odiosas represalias allí donde una generosa conmiseración por la humanidad habría sido, a no dudarlo, más prestigiosa en el ánimo de los rudos adversarios contra quienes luchaban por atraerlos a adoptar un sistema menos repugnante a la civilización". (5)

Consumada la libertad de Colombia, y decidido su concurso para llevar a término la libertad del Perú, anhelo ferviente del Padre de la Patria, mediante las disposiciones del Congreso de 1824 —reunido en Bogotá—, y después de pacificada definitivamente la obstinada resistencia de los realistas de Pasto con la muerte de Agualongo y Merchancano, Sucre fue nombrado Ministro Plenipotenciario en Lima y Jefe de los ejércitos que debían coronar la obra grandiosa del preínclito hijo de Caracas. Con inenarrables sacrificios, luchando contra la adversidad y venciendo las contingencias más difíciles, el hijo ilustre de Cumaná, libró los combates necesarios para alcanzar el triunfo de los soldados republicanos, dando libertad al Perú; todo lo cual inspiró a Bolívar la iniciativa de que el Congreso peruano concediera a Sucre el título de "Gran Mariscal de Ayacucho", y su pluma de insigne literato escribió la siguiente consagración:

"Sucre desplegó en tan crítica situación los talentos superiores que lo han conducido a obtener la más brillante victoria de cuantas forman la gloria de nuestro nuevo mundo. La marcha del ejército unido desde la provincia de Cochabamba hasta Huamanga es una operación insigne comparable a la más grande que presenta la historia militar. Nuestro ejército era inferior en mitad al enemigo, que poseía infinitas ventajas sobre el nuestro. Nos veíamos obligados a desfilar sobre riscos, gargantas, ríos, cumbres, abismos; siempre en presencia de un ejército enemigo y siempre superior. Esta corta pero terrible campaña tiene

un mérito, que todavía no es conocido. Ella merece un César que la describa. La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a un enemigo perfectamente constituído y hábilmente mandado". (6)

Según narran Henao y Arrubla, la campaña se desarrolló así: Amaneció el día 9 de diciembre de 1824. Sucre —tranquilo sobre su caballo tordillo, el mismo que tenía en Pichincha; con uniforme azul en que lucía medallas y charreteras de oro, y la espada al cinto— forma su ejército en tres divisiones y en una reserva; da las últimas órdenes; recorre las filas; al presentarse delante de los batallones, los soldados echan el arma al hombro y él saluda con cortesía, moviendo la mano derecha, en tanto que la izquierda, que sostiene la rienda, descansa sobre la cabeza del galápago; arenga a los diferentes cuerpos y les recuerda la Patria y sus glorias inmarcesibles; repiten los ecos los vivas dados al Libertador ausente y el entusiasmo se apodera de los indómitos guerreros.....

.....Córdoba al galope pasó revista a sus cuerpos, "y poniéndose al centro, como a unos quince pasos delante de sus columnas, les dió con arrogante acento aquella voz desconocida en la milicia y característica desde entonces del héroe que la inventó y de la famosa jornada que decidió con ella: "División! Armas a discreción, de frente, paso de vencedores"!

".....Los soldados, ebrios de entusiasmo, se sintieron más que nunca invencibles, y entre frenéticos vivas a la libertad y al Libertador ..... avanzó lentamente esa cuádruple legión de enconados leones". (7)

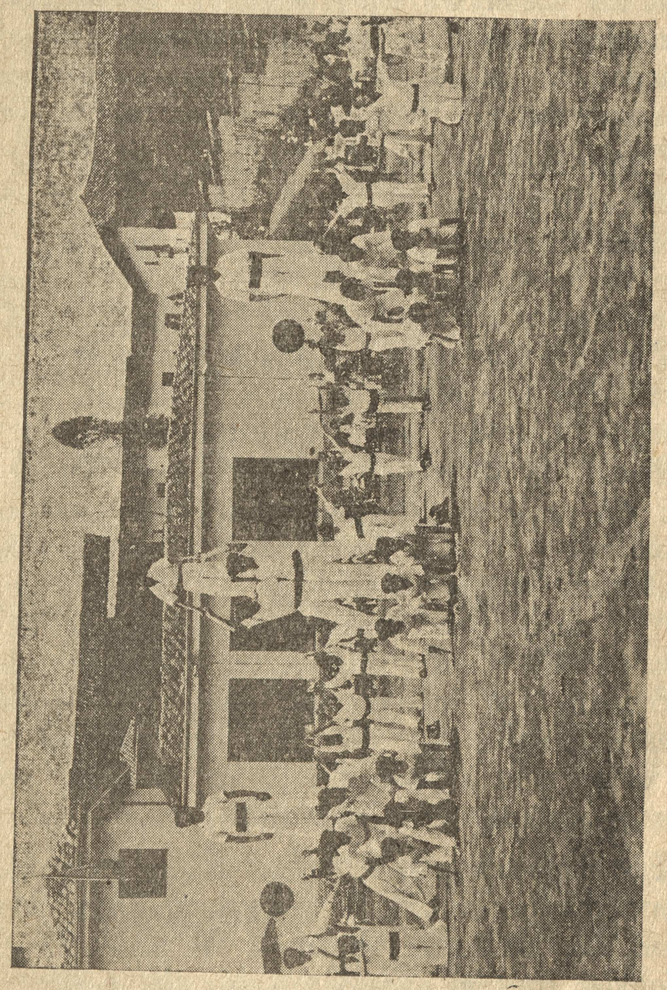
Sucre —que, como dijimos antes— a la edad de quince años entró a servir en los ejércitos republicanos, deseaba ya entregarse a la paz de la vida

en un hogar tranquilo, que debía fundar sobre los inmensos servicios prestados a la patria y sobre los laureles gloriosos de sus hazañas inmarcesibles. Sinembargo, Bolívar, para completar la libertad del Alto Perú, nuevamente confió a Sucre tan delicada misión, la que fue aceptada por el inmaculado general, llevando la bandera de Colombia hasta las argentinas cumbres del Potosí. Por eso decía el Padre de la Patria: La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco - Cápac y contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada. (8)

Organizada la república de Bolivia, de la que fue Sucre su primer presidente pór mandato de la Asamblea Constituyente, pudo salir con vida a pesar de los intentos criminales que engendró también en esos lugares la ingratitud de los libertos y la ambición de los que veían eclipsadas sus vidas por la grandeza del más digno de los generales de Colombia, según frase del propio Libertador. Cuando salió el Mariscal de Bolivia, en su mensaje al Congreso escribía: Al pasar el Desaguadero encontré una porción de hombres y tiranos, devorados por los enconos y sedientos de venganza. Concilié los ánimos, he formado un pueblo que tiene leyes propias, que va cambiando su educación y sus hábitos coloniales, que está reconocido de sus vecinos, que está exento de deudas exteriores, que sólo tiene una interior pequeña y en su propio provecho y que dirigido por un gobierno prudente será feliz. (9)

En enero de 1828, había Sucre, contraído matrimonio por poder con la Marquesa doña Mariana de Solanda, de ilustre abolengo. Y ahora al regreso de Bolivia, traía el anhelo inmenso de verse pronto al lado de la señora de sus pensamientos. Así llegó al Ecuador entre septiembre y octubre del mismo

año, deseoso de no volver más a la carrera de las armas, porque pensaba que su misión estaba ya cumplida. Dedicado a las faenas de su hogar y de la agricultura lo sorprendió, sinembargo, la voz del Libertador, que no pudo resistir, para ir a defender te-



Alumnos del "Instituto Juanambú" durante los ejercicios gimnásticos al terminarse la sesión solemne.

rritorios de la Gran Colombia hollados por las fuerzas regulases del Perú, que así correspondían al sacrificio de sus libertadores.

"Las fuerzas peruanas ocupaban el Portete de Tarqui, que es una colina alta, defendida en el flanco derecho por breñas escarpadas, y en el izquierdo por un cerro cubierto de bosque impenetrable; una senda estrecha que conduce a Girón pasa por el Portete, y frente a la colina corre un río de lecho pedregoso que sólo podía atravesarse desfilando los combatientes uno a uno. Fue allí en donde al empuje simultáneo y violento de los colombianos, los invasores, rotos y en desorden, dejaron el campo cubierto de cadáveres, después de un combate de dos horas en la mañana del 27 de febrero. Sucre no quiso imponer duras condiciones al vencido para comprobar, decía, que la justicia de Colombia era la misma antes que después de la batalla de Tarqui". (10)

Sucre con nuevos lauros que, bajo el aliento de Marte, le prodigaba la gloria, volvía a su hogar. Pero Bolívar había dictado de antemano un Decreto, convocando un Congreso constituyente para enero de 1830, Y el Gran Mariscal designado por los pueblos agradecidos, como su vocero, marchó a Bogotá con el objeto de asistir a dicha Corporación que la posteridad ha calificado de Congreso Admirable. Esta alta Asamblea lo designó su presidente, y luégo miembro de la comisión encargada de celebrar conferencias en San José de Cúcuta con los delegados de Venezuela, a fin de evitar la separación de ésta. Mas la conferencia no tuvo ningún resultado, y ante dicho fracaso, Sucre regresó a Bogotá, y después de dar cuenta al Congreso de lo ocurrido, siguió a Quito con la firme intención de separarse definitivamente del ejército y de la política.

La disolución de la Gran Colombia era una realidad después de las conferencias de resultados de-

sastrosos, en la Villa del Rosario de Cúcuta. "Bolívar, de viaje para la Costa, abatido, humillado, enfermo, proscrito de la patria creada por él, inclinada la sien soberana bajo el peso de la gloria y bajo el peso del infortunio..... recorría su calle de amargura. Había apurado el cáliz embriagador de la gloria y era hora de saborear la copa de hiel de la ingratitud y la perfidia". Así comenta el Padre Daniel Restrepo una de las últimas escenas de un día del mes de mayo de 1830. cuando el Padre de la Patria salía de Bogotá camino del exilio. Y así debió verlo su mejor amigo, Sucre, que, al emprender su viaje a Quito, huía de la vida pública como de la injusticia de los hombres, sin saber quizá que tras él seguían los mismos odios que despedazaban la preciosa vida del Libertador.

Sucre emprendió su viaje por Popayán y el Valle del Patía con dirección a Quito. Mas no fueron capaces de llevarlo por distinta ruta, ni los consejos de los amigos, ni los distintos rumores que por todas partes se cernían como aves de siniestros augurios. Personajes de antecedentes aciagos, que llevaban sobre su faz el inri de sus almas perversas, ya en El Salto del Mayo, ya en La Venta, pusieron talvez en el espíritu de Sucre la idea de cuanto se le anunciaba. Pero este hombre sin par, acostumbrado a sortear los más graves peligros, insistió en continuar el sendero, y así en las primeras horas del día 4 de junio de 1830, se internó en la entonces sombría montaña de Berruecos. El sol, dicen los historiadores, resplandeciente como nunca, no alcanzaba a iluminar el enmarañado laberinto de corpulentos árboles y de espinosas malezas, cuando tres disparos, haciendo blanco sobre el cnerpo del Gran Mariscal de Ayacucho, terminaron con su egregia vida en la funesta montaña.

El orden que llevaban aquella mañana trágica los viajeros que acompañaban a Sucre era el siguiente: "Adelante iban los arrieros con el equipaje, el negro Francisco y el sirviente Colmenares; en pos Sucre, García Trelles y el asistente Lorenzo Caicedo". Al estallido de los tiros, "García picó su mula para salvarse del peligro que le amenazaba..... Caicedo (que se había quedado un tanto retrasado) corrió al alcance de su amo, a quien encontró muerto. Vió a cuatro hombres armados de carabinas que habían salido de entre la espesura..... Aterrado retrocedió a la Venta para dar cuenta del crimen..... (11)

Así cayó el Mariscal Sucre, como un lirio en un lago de sangre; así cayó aquel guerrero valiente sin crueldad, moderado sin timidez, que no ignoró quizá este golpe fatal. Pero el destino, fuerza incontrastable que empuja nuestras vidas, a veces sin piedad, ni en los propios genios encuentran valla sus designios inexorables. Veamos cómo el gran historiador Eduardo Posada, ilumina, de manera elocuente, la semejanza entre la muerte de Sucre y la de Julio César:

Pero no sólo eran voces de agoreros las que trataban de alejarlo del peligro. Un esclavo quiso advertirle lo que iba a suceder, pero no pudo llegar hasta él; un ciudadano, conocedor también de la conjuración, que sí logró acercársele, le entregó un papel con el denuncio de ella. César lo conservó en la mano sin leerlo, a pesar de que se le dijo era de un interés urgente.

Pobre Sucre; si no fuisteis advertido del crimen por augurios como el romano ilustre, sí se vieron en el camino de tu calvario, indicaciones precisas del horrendo sacrificio. Todo era allí signos de un próximo crimen. La misma mano de la fatalidad agitándose igualmente a través de los siglos, hace despreciar a ambos los siniestros vaticinios y lleva al uno a ser apuñaleado en el recinto del Senado, y al otro a re-

cibir mortíferas balas en la sombría encrucijada de una montaña.

Y para agregar un detalle al paralelo de los dos crímenes, continúa el mismo historiador Posada, recordaremos que al caer César huyeron amigos y conjurados; y el cuerpo de aquel caudillo, dueño del mundo, quedó solitario en el recinto de la Asamblea, y tres esclavos lo llevaron a su mansión doméstica. Así también el cadáver del hombre a quien América entera veneraba como un semidiós de su glorioso olimpo, era llevado a la fosa por cuatro campesinos que lo dejaron así como a John Moore, sus camaradas, según reza la famosa elegía: "Sin inscripción ni piedra funeraria y sólo acompañado por su gloria....." (12)

Roberto Andrade, célebre escritor ecuatoriano y miembro de la Academia de la Historia de Cuba, esboza con toques de inmortalidad la excelsitud suprema de la hora en que el trabuco parricida cegó para la Patria al hombre que era el brazo derecho de Bolívar, y que, de sobrevivirle, habría sido el verdadero continuador de la obra grandiosa que había ideado el genio del caraqueño inmortal.

"En esos momentos el infortunado Mariscal se iba aproximando: pasaba por una estrechura cubierta de árboles silvestres, recibió una descarga y cayó muerto..... ..... Dos sentimientos intensos, angustiosos, dos puñaladas o dos descargas eléctricas despedazan el corazón de quien se imagina este crimen: son la indignación y el dolor ..... Los que sacrificaron a Cristo fueron malos, ignorantes, abrutados; pero obedecieron a una ley, si bien inicua.....; los que sacrificaron a Sucre no obedecieron sino al odio y a la envidia. Los primeros no supieron lo que hicieron, ni supieron que mataban a Dios; los segundos sí supieron que mataban a un grande hombre. En la comparación no hay sacrilegio porque es entre dos ver-

dades relativas. Cristo es Dios y redimió con su sacrificio al mundo; Sucre fué un hombre útil y su vida había redimido a Colombia y al Perú. El primero es tan grande como la eternidad y el tiempo; el segundo no fue sino un hombre, pero un héroe. Ambos fueron mártires".

Al otro día, su fiel asistente Lorenzo Caicedo, acompañado de tres campesinos, llevaron el cadáver del Gran Mariscal al sitio denominado La Capilla, y allí sin más honores que la presencia de humildes labriegos, en la soledad más augusta, fueron sepultados los despojos del adalid glorioso.

Se percibían ruidos de gente en la pavorosa montaña, como si los organizadores del crimen estuviesen por allí. A los autores de semejante delito les era menester, cerciorarse hasta la saciedad, de su acción abominable y monstruosa. Y en su afán de ver cumplidos sus intentos parricidas, quizás llegaron a remover la sepultura para dejar constancia de su execrable misión.

Pasado algún tiempo —tres años de la muerte, dicen algunos historiadores— la Marquesa de Solanda envió al mayordomo de su hacienda "El Deán" con el objeto de llevar los restos de su infortunado esposo y mártir a la ciudad de Quito.

El traslado de los venerandos restos se llevó a cabo dentro del sigilo más absoluto, en virtud de que una política de odios implacables no daba tregua a las contiendas fratricidas. Por ello, mucho tiempo permanecieron ocultos, y hasta llegó a creerse que su identificación se había hecho por completo imposible.

Pues solamente en el año de 1900, después de una laboriosa investigación histórica, se pudo constatar la autenticidad de esas sagradas reliquias de la magna epopeya de la libertad.

"Luego se pensó en consagrarles un monumento digno del héroe en la llamada Montaña de la Liber-

tad, o sea en las faldas del Pichincha, en donde libró el Gran Mariscal la histórica jornada que inmortalizó a Calderón y consagró la libertad del Ecuador. Posteriormente se acordó construir el actual mausoleo en la Catedral Metropolitana. La obra estuvo concluída en 1930, y dos años más tarde, el 25 de agosto de 1932, fueron trasladados los restos solemnemente a la Iglesia Mayor de San Francisco de Quito.

"Cierra la cripta una puerta de hierro con marco escultural de piedra de las canteras del Pichincha, las que revisten también la extensión total del zócalo de la Capilla. Al centro, el sarcófago, monolito que pesa al rededor de nueve toneladas. En los muros y artesón frescos de Mideros, que representan escenas acordes con la vida del Mariscal Sucre: la victoria, la esclavitud, el triunfo, la batalla ....." (13)

SEÑORES: En esta tierra, ajena a todo acto que hiciera parte de la inmolación del héroe y mártir de la patria, recordamos ahora en forma solemne y significativa el sesquicentenario de su natalicio. En el alma de este pueblo, destinado a vivir en el escenario de la comedia trágica, en la que se tronchó de un tajo una de las más bellas, puras e inmaculadas vidas de la epopeya magna, se ha levantado un monumento a su grandeza, un símbolo a su gloria y una lápida eterna a su inmortalidad; resta, pues, solamente el monumento consagratario que en no lejano día, erigirá la justicia de la historia y la gratitud del género humano, de que nos hablara Monseñor Carrasquilla.

Y año tras año, de generación en generación, aquí se darán cita los hijos de esta tierra, para tributar el homenaje al héroe. Este no fue sino el escenario en donde tuvo lugar el hecho real que planeara la envidia en lejanas latitudes. Caiga, pues, el baldón sobre aquellos que escogieron la casa inocente

para cometer el crimen, y caiga sobre nosotros la sangre del héroe y del mártir como riego fecundo que alimente y dignifique el jardín de nuestras almas.

Aristides Castillo C.

BIBLIOGRAFIA

(1) *Apuntes sobre el Gran Mariscal de Ayacucho.* Luis Martínez Delgado.

(2) *Antonio José de Sucre*— Gustavo Otero Muñoz.

(3) *Influencia Militar y Política del Mariscal Sucre en el Sur de Colombia*— Sergio Elías Ortiz.

(4) *Historia de Colombia*— Henao y Arrubla, pág. 497. 5a. edición, 1929.

(5) *Historia de Colombia*— Henao y Arrubla, págs. 498, 499.

(6) Cita de R. Azula Barrera en su biografía sobre *Antonio José de Sucre.*

(7) *Recuerdos Históricos*— Manuel Antonio López: cita de Henao y Arrubla.

(8) *Historia de Colombia*— Henao y Arrubla, pág. 569.

(9) Cita de R. Azula Barrera en su biografía sobre *Antonio José de Sucre.*

(10) *Historia de Colombia*— Henao y Arrubla, pág. 554.

(11) y (12) *La Muerte de Sucre*— Eduardo Posada.

(13) *Apuntes sobre el Gran Mariscal de Ayacucho.* Luis Martínez Delgado.

PROGRAMA

General de Festejos con ocasión del Sesquincentenario del nacimiento de "Antonio José de Sucre", Gran Mariscal de Ayacucho.

ORDEN DE LOS ACTOS

DIA 1

7 p. m.—Iluminación general de la ciudad y retreta de gala en la plaza principal. Desfile de antorchas por el Colegio y las Escuelas de varones.

DIA 2

La Ciudad amanecerá adornada con el Pabellón Nacional.

9 a. m.—Acto Literario-Musical en el "Instituto Juanambú", según programa especial.

2 p. m.—Acto Lírico-Musical en el Colegio de San Carlos y en las Escuelas urbanas y rurales del Distrito, según programa especial.

7 p. m.—Iluminación de la ciudad y retreta de gala en el parque "La Pola".

DIA 3

8 a. m.—Misa solemne en la Iglesia Parroquial. La oración gratulatoria estará a cargo del Sr. Pbro. Dr. Tomás Mejía Sandoval.

9. 30 a. m.—Peregrinación al sitio donde fue sacrificado el Gran Mariscal de Ayacucho. En este acto llevará la palabra el Sr. Presidente del Centro de Historia de Pasto, Dr. Julio C. Moncayo Candia, en el momento de depositar una corona en el monumento en nombre de la Institución.

11 a. m.—Sesión Solemne del Honorable Concejo Municipal, en cuyo acto llevará la palabra el H. Concejal Sr. Julio César Bolaños.

1 p. m.—Sesión Solemne del Centro de Historia de Pasto, según programa especial.

7 p. m.—Banquete y baile ofrecidos por el Honorable Concejo Municipal y la sociedad de La Unión a los visitantes de honor de la ciudad.

La Unión (Nariño), enero 31 de 1945.

El Presidente de la Junta de Festejos,

DEMETRIO CERON,
Presidente del Concejo Municipal.

CLÍMACO RIVAS,
Alcalde

Sergio Elías ORTIZ
Rector del "Instituto Juanambú".

Constantino DIAZ,
Inspector Escolar

El Secretario,

Luis Acosta D.

El Rector, Profesores y Alumnos del "INSTITUTO JUANAMBU", se permiten invitar a Ud. al Acto Literario-Musical que, con motivo del Sesquicentenario del nacimiento del Gran Mariscal de Ayacucho, *Antonio José de Sucre*, se celebrará en el salón de actos del instituto el día viernes, 2 de febrero de este año, a las 9 a. m.

ACTO LITERARIO—MUSICAL

con que el "Instituto Juanambú" conmemora el 150 aniversario del nacimiento del Gran Mariscal de Ayacucho, *Antonio José de Sucre*,

1 — Himno Nacional de Colombia.
2 — Informe del Jurado Calificador del Concurso (La antigua Venta y el Mariscal Sucre).
3 — FEOWERS SONGS, Lange, piano, Klaus Müller.
4 — Lectura del trabajo premiado en el Curso Preparatorio.
5 — IMPRONTUS.—Op. 142, N° 1, Franz Schubert, piano, Lothe Müller.
6 — Lectura del trabajo premiado en el primer Curso de Bachillerato.
7 — Excelsior! Coro del Instituto, profesor Carlos Montero.
8 — Lectura del trabajo premiado en el Segundo Curso de Bachillerato.
9 — Dolores, Waldteufel, piano, Dr. Gerardo Zarama.
10 — El Mariscal Antonio José de Sucre, conferencia histórica por el Dr. Aristides Castillo.
11 — DORFSCWALBEN, J. Strauss, violín y piano, Walter y Lothe Müller.
12 — Conjunto gimnástico, a cargo del Profesor de Educación Física, Sr. Ramón Almeida.

PROGRAMA

por el cual el Colegio San Carlos y las Escuelas Urbanas de la ciudad de La Unión (Nariño), conmemoran el 150° aniversario del nacimiento del Gran Mariscal de Ayacucho, *Antonio José de Sucre.*

1 Himno Nacional, cantado por las alumnas del Colegio de señoritas y las Escuelas Urbanas.
2 Discurso del Sr. Enrique Caycedo, Director de la Escuela No 2 de Varones.
3 Saludo a la Bandera, por el Colegio de San Carlos.

4 Homenaje a Sucre. Recitación por el niño Jaime Gómez, alumno de la Escuela No 1.
5 La Canción del Soldado. Coro de la Escuela No. 2.
6 Yo Soy Colombiana. Recitación por las niñas Beatriz, Esperanza y Erika Martínez, Aura Jaramillo y Flor Alba Muñoz.
7 Salmo Epico. Recitado por los niños Jaime Gómez, Alvaro Arévalo, Jaime Martínez, José Rafael Solarte y Gerardo Cerón, alumnos de la Escuela No. 1.
8 Glorias de la Patria. Coro de los alumnos de la Escuela No. 1.
9 A la Bandera. Recitación por los alumnos Luis Antidio Rivas, Carlos Gamboa, Luis Alirio Eraso y Gerardo Insuasti, de la Escuela No. 2.
10 Canto a Sucre. Coro de la Escuela No. 1.
11 Patria mía. Diálogo patriótico por Lotte Müller, Clemencia López, Rosalba Delgado y Fanny Arévalo, alumnas de la Escuela de niñas.
12 Saludo a la bandera. Canto por un grupo de alumnos de la Escuela No. 2.
13 Gimnasia rítmica, por las alumnas del Colegio San Carlos.
14 Cuadro alegórico por las alumnas del Colegio San Carlos.
15 Discurso de clausura por el Sr. Inspector Escolar, don Constantino Díaz Ch.

Este acto tendrá lugar en el local del Colegio de San Carlos, a las 2 p. m. del día de mañana.

La Unión (Nariño), 1° de febrero de 1945.

La Junta Organizadora:

El Presidente, CONSTANTINO DIAZ CH.

VOCALES:

SOR MARIA DE JESUS,
Directora del Colegio.

SOR CATALINA,
Directora de la Escuela de Niñas.

Guillermo Martínez Z.,
Director de la Escuela N° 1° de Varones.

ENRIQUE CAYCEDO,
Director de la Escuela N° 2° de Varones.

Luis Guillermo Moreno,
Director de la Escuela Nocturna.

ROSALBA CERÓN,
Secretaria.

PALABRAS

del Sr. Inspector Escolar del "Juanambú" en el acto celebrado por las escuelas del distrito.

CONSTANTINO DIAZ CH.

Señoras, señores:

La Junta Organizadora de los actos conmemorativos del nacimiento del Gran Mariscal de Ayacucho y mis compañeros de labor han querido que sea yo, el menos capacitado, quien venga a dar el último toque a este cuadro de armonía, de belleza, de esplendor y gratitud.

Bien comprendo que mi auditorio es por demás selecto y preparado; pero también sé que es culto, generoso e indulgente y que está convencido de que si he aceptado el honor, ha sido porque como colombiano amante de la libertad, tengo la obligación de aportar mi contingente humilde y aprovechar la oportunidad para exteriorizar ésto que arde aquí dentro del pecho que yo lo siento así como si en la mitad del corazón hubiera nacido espontáneamente el culto con el que Juan Lozano interpreta el desarrollo de los acontecimientos históricos.

Será talvez, porque en la escuela de mi pueblo aprendí, como ahora los niños de estos planteles, a pronunciar con admiración y cariño los nombres de Nariño, Bolívar, Sucre y toda esa falange de varones ilustres que marcaron con la sangre roja de sus venas azules las sendas blancas de la liberación.

Magnífico, señores profesores, ha sido vuestro aporte a la festividad que celebramos y espléndida y provechosa la enseñanza que por este medio habéis dado a vuestros alumnos para despertarles el amor y la gratitud que debemos al Gran Mariscal, cuyos rasgos generales quiero recordaros.

Hace ciento cincuenta años, que el hogar de Vicente Sucre y Manuela María Alcalá, se vió visitado por quien más tarde había de ser el héroe de leyenda mitológica, que contribuyera como el que más a la obra de la emancipación americana.

Inicia su carrera militar a la temprana edad de 15 años y da principio a la libertad de la región oriental de Venezuela, con la acción de La Guaira, donde con cuarenta y cinco patriotas y seis fusiles vence a trescientos enemigos.

En el Colegio "San Carlos". Las alumnas de Secundaria durante la gimnasia rítmica con que se cerró la sesión solemne de su Colegio.

Después, en Maturín, con mil doscientos cincuenta hombres, bate a seis mil quinientos realistas y vuela a Cartagena a enfrentarse a las fuerzas del Pacificador, a órdenes de Soublette.

Náufrago en la expedición de los Cayos, se salva asido a una caja de madera. Extenuado, casi sin fuerzas, se alista a los ejércitos de Mariño, a quien abandona después para unirse al Libertador cuando columbra un asomo de traición porque comprende y acata a Bolívar con una lealtad sin ejemplo.

Después de la jornada de Boyacá y a la temprana edad de 24 años, es ascendido a general de brigada.

Dos años más tarde recibe del Libertador la comisión diplomática y militar en la ciudad del Guayas y desde allí hasta el Pichincha, su carro de triunfos que empuja la Fama y que arrastran los Centauros de la Gloria no detiene su carrera sino para verter una lágrima de dolor sobre la tumba inmortal de Abdón Calderón.

Y sigue el relámpago de sus ojos fulminando centellas sobre las huestes de Boves, que trata de resistir entre las escarpadas fortificaciones de los invencibles pastusos.

Cruza entonces una sombra que vela la silueta esbelta del héroe magnánimo y generoso...., pero vuelto de su estupor sigue, en esta vez guiado por el genio, a los campos de Junín y de Ayacucho en donde, caballero sobre el mismo tordillo que peleó en Pichincha y asistido por los dioses como los héroes de Homero, se lanza al combate que sobrepasa los lindes de la leyenda y los episodios del tiempo de los caballeros.

Sereno, con su uniforme azul galoneado de oro y espada al cinto, se coloca frente a las divisiones que comandan bravos capitanes y con verbo profético,

sublime y genial, les dice: "soldados, de los esfuerzos de hoy depende la suerte de la América". Esta arenga inimitable y elocuente inspira el eco desconocido de la voz de Córdoba: "soldados, de frente; armas a discresión y paso de vencedores".

Y sube a la cumbre de la gloria que está en el Condorcunca. En ese —como dijera el poeta: "nido de cóndores andinos donde parece que fermenta la borrasca y que dormita el trueno", clava triunfalmente el iris de la libertad bajo el amplio cielo que tachonan las estrellas y que deslumbra el sol.

"La posteridad —decía el Libertador— presentará al Gran Mariscal de Ayacucho, con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco—Cápac y contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada".

Pero si el genio guerrero de Sucre culmina en Pichincha y Ayacucho, su valor indomable fulmina en los cuarteles de Chuquisaca, el dieciocho de abril de 1827 y las heridas que allí recibe en el brazo y en la cabeza, son un símbolo de la ingratitud de las democracias contra sus propios libertadores.

Parece como que todos los tiempos tienen sus horas de ofuscación y es entonces cuando las pasiones que impulsan móviles mezquinos se apoderan de los hombres para lanzarlos a los abismos del desconocimiento de las virtudes de sus propios representantes causándoles heridas más profundas que las de la metralla en el combate.

Estos sufrimientos —pero sobre todo las grandes decepciones que por de pronto contrastaban en el espíritu de Sucre, con el atractivo irresistible de un hogar lejano— lo deciden a abandonar la política y el 30 de noviembre del 1828, llega a los brazos de la Marquesa de Solanda, nimbado por la gloria y lleno de ilusiones.

Pero entonces el invasor peruano comienza su obra de ingratitud e inconsecuencia y olvidando que fue nuestra enseña el "pabellón que tremoló en su suelo", dió motivo a que el Gran Mariscal abatiera sus pretensiones en el memorable Portete de Tarqui.

Presidente luego del Congreso Constituyente, que Bolívar apellidó "admirable", y unido de espíritu y de corazón al Libertador, luchó con todas sus fuer-

"Sucre y la inmortalidad", Cuadro alegórico representado por las señoritas Blanca Muñoz Martínez, Rosa Victoria Muñoz y Rosalba Cerón, ex—alumnas del Colegio "San Carlos"

zas por sostener la integridad de la República, ideal que aún inquieta a pensadores de vuelo y patriotas de verdad.

Si ese sueño del Libertador llegara a ser una realidad, tendría que surgir como bandera el heróico sacrificio del Gran Mariscal; pues sea quien fuere su asesino, es lo cierto que el motivo fué su decisión por la causa de la Gran Colombia. A solo este ideal y al de la libertad de América, consagró Sucre la magnanimidad de su corazón, su genio guerrero y su espada victoriosa. Y es esto precisamente lo que simbolizan las 19 campañas y las 32 acciones de guerra en que se sintetiza su hoja de servicios.

Pero de repente— en 1830— se ensombrece el cielo americano con siniestros nubarrones, en donde la ambición y los celos acumulan cargas negativas que puestas en contacto con los fulgurantes aceros de los libertadores, hacen saltar la chispa que aprisiona en la cresta de los Andes al Aguila Caudal; que motiva la Gran Tristeza del Genio de la Guerra y que rompe en tres pedazos la entraña misma de la Gran Patria Colombiana.

Y Páez en Venezuela y Flores en el Ecuador, empañan el brillo del sol de Las Queseras del Medio y del Portete de Tarqui, sacrificando a su ambición de mando, el ideal que sublimó Bolívar en su Delirio del Chimborazo.

Fue ésta la época en la que poco antes de hundirse frente al Caribe el astro—rey de la Independencia Americana se rompía en pedazos sobre las rocas graníticas de la montaña de Berruecos, la espada triunfadora siempre en francas lides y vencida sólo por las armas de la ingratitud, que empuñan viles asesinos empobrecidos por pasiones políticas, cuyo crimen guarda con estupefacción el silencio sombrío de la montaña.

"Los hombres que han nacido para la gloria —dice Acosta— llevan sobre su destino cierto sello original de grandeza que da a su vida aquella luz que va luego a reflejarse en la historia. Y cuando mueren, aunque sea en la desgracia, mueren tan magníficamente como el sol entre celajes de carmn y plata y cortinas de riquísima púrpura".

Así cayó Sucre, como un sol tras de la sierra, eligiendo como sepultura el alta cima de un peñón agreste, junto a la flecha gótica de la Jacoba, que se eleva hacia los cielos como un índice que señala la ruta divina de la mansión del héroe.

Pero, señores, los hombres que se salvan del olvido no desaparecen jamás. Por eso Sucre vive entre nosotros y su espíritu alienta el de la Gran Colombia. Eso significa su nacimiento en Venezuela, su muerte en Colombia y el descanso de sus despojos en el Ecuador, en donde por sarcasmo del destino fueron colocados frente a los de aquel que dijo: "desde Rómulo hasta nuestros días, los Gobiernos se han consolidado por medio de la cicuta y el puñal".

Subamos ahora con devoción patriótica al lugar del sacrificio y depositemos allí una corona de ciprés, único símbolo que ha inventado el sentimiento para exteriorizar el dolor.

La Unión, 2 de febrero de 1945,

CONSTANTINO DIAZ.

BELLO DISCURSO

pronunciado por el Concejal Sr. Julio César Bolaños, en representación del H. Concejo, ante el monumento a Sucre.

Señor Presidente y miembros del "Centro de Historia", venerable delegación de S. S. Ilustrísima el Arzobispo de Popayán, rectores y profesores de colegios y escuelas, autoridades civiles y militares, señores:

Por peregrina pero sincera y gentil disposición del H. Concejo Municipal, de cuyos miembros soy unidad, que actualmente se halla congregado en sesión solemne con motivo del sesquicentenario del nacimiento del Gran Mariscal de Ayacucho, asumo su personería absoluta y, por ende, la de este noble pueblo venteño, para dar a Uds., con singular cordialidad, un efusivo saludo de bienvenida, declarar grata vuestra corta estada y que este sitio histórico y por lo tanto sagrado, se halla honrado con vuestra presencia, y la ciudad, a la vez, llena de orgullo y regocijo.

Quiero además, señores, hacer un ligerísimo y pálido recuento de unos pocos principales episodios de los que constituyen la historia del más grande cumanés y brazo derecho de Bolívar, máximo Mariscal Antonio José de Sucre.

Es este ligero recuento sólo a guisa de prólogo, si cabe decirlo, para que la suma autoridad en la materia, ustedes, tome la palabra y haga vibrar, con la emoción patriótica que inflama hoy a todos los pechos colombianos, la infalible orquestación de la historia que, al compás de la humanidad, al ritmo de la vida de los grandes hombres, tiene delicadas notas de gloria, sublimes y sonoras; notas fúnebres y de tristeza infinita; rapsodias homéricas; sinfonías diversas, y aún el contraste artístico del destemplado falsete, que bien podríanlo constituir los reveses de nuestros grandes héroes.

No es, por cierto, este teatro trágico donde cayó el Mariscal, el lugar indicado para festejar con la alegría y la pompa que el acontecimieto conmemorado demanda su nacimiento, toda vez que en este jirón colombiano de suelo venteño, luctuosamente célebre, se siente aún el *calor purpurino de su fecun-*

Sesión solemne del H. Concejo Municipal en la plazoleta del Monumento a Sucre, en cuyo acto llevó la palabra el H. Concejal, Dn. Julio César Bolaños.

da sangre, que en reguero estival manó de su cuerpo acribillado por las arteras y cobardes balas disparadas indirectamente por las manos de Juan José Flores; "o, tras él, Obando".

(Como observarán ustedes, la simbólica frase "O, tras él, Obando", la componen, exactamente, las mismas letras de los dos apellidos del héroe venteño: Solarte Obando, frase complementaria descubierta por la inquieta mente del poeta nariñense Luis Felipe de la Rosa.)

Porque aún se crispan nuestros pechos por el eco onomatopéyico y solitario, no del grito de espanto que se oyera al ya inmortal guerrero moribundo; no, porque nunca sintió pavor ni estando a la boca del cañón enemigo, sino el de los ayes agudos, profundos, enloquecidos, mortales, lanzados por las cinco repúblicas que, al mando de Simón Bolívar, acababa de libertar el célebre caído, y que en sus milenarias y heladas entrañas guarda aún para los siglos, como un tesoro histórico, el contiguo Jacoba, con serenidad de olímpica y eterna esfinge.

Todo en este campo inmortal, y más aún si lo apreciamos a través del adamantino prisma de la historia, nos recuerda amargamente sólo luto, pesadumbre y recogimiento patrióticos, pero a la vez se siente el influjo de un no sé qué hado instintivo de maldición y venganza inexorables, que estimula nuestro dormido y felino acervo de heroísmo colombiano y nos hace rendir el juramento que ansioso rindo a nombre del dignísimo y patriótico pueblo que represento, por las cenizas inmortales de uno de sus mejores hijos: el héroe de Güepí, don Juan Solarte Obando, y ante el ara majestuosa de la patria, para propugnar los postulados máximos de democracia, justicia y libertad, que con su espada nos legó el ilustre mártir, y para defender con la vida, con nuestros

hijos, con nuestras madres y esposas, el decoro, el honor, la soberanía de Colombia, hasta caer satisfechos y exánimes en las lizas de batalla, reclinados sobre el blando consuelo del pabellón nacional, cubiertos por el sol de sus pupilas, bebiendo el agua de su llanto y restañados por el bálsamo de su aliento y así fincar sobre él, el altar de la victoria patria y quemar ahí la titánica y purpurina ofrenda de nuestra propia sangre.

Ciento cincuenta años se cumplen hoy del grande y, entonces, poco transcendental acontecimiento, en que los dioses del Olimpo, llenos de alegría y festivos, trasladaron sus tronos palaciegos a la ciudad de Cumaná, para esperar el advenimiento y recibir con la solemnidad y la pompa características, a uno de sus mimados, a uno de los más grandes paladines de la libertad de América, futuro Gran Mariscal Antonio José de Sucre.

Con este motivo, hoy, como aquí nosotros, se han dado cita en la ciudad—cuna del Mariscal, los cinco países hermanos: Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia y Colombia, para tributarle los honores que son de su rango y conmemorar con la solemnidad que corresponde, el fausto nacimiento del hombre que desde su adolescencia fue un militar distinguido; del hombre que a la cortísima edad de 15 años, o sea en julio de 1810, cuando en Santa Fé de Bogotá se daba el primer grito de revolución en pro de nuestra independencia, había ya alcanzado el grado de Sub—teniente al mando del General Francisco Miranda; del hombre que en 1815, en el inmortal sitio de Cartagena, fue uno de los factores de mayor preponderancia en la organización estratégica de la defensa; que después de librar con bravura y asombroso talento militar las batallas de Pichincha, en 1822, y Junín en 1824, dió el golpe mortal a la

opresión española, con el aprisionamiento de La Serna, el último Virrey de España, y con él a la casi totalidad de sus mejores generales, en la magna y victoriosa batalla de Ayacucho, el 9 de diciembre de ese mismo año 1824; del hombre que, en 1826, lo consagró Bolivia su Presidente perpetuo, cargo que dejó en 1828, en virtud de una rebelión; del hombre que el 27 de febrero de 1829, en la batalla de Tarqui, con el ígneo fulgor de su espada justiciera y pulcra, depuró el suelo colombiano de la infestación dejada en él por la garra del cernícalo criollo, que pretendió violar su soberanía sagrada, su intangible integridad; del hombre que en 1830, después de desempeñar con brillo singular la presidencia del senado del entonces llamado "Congreso Admirable", partió con dirección a Quito, tomando esta vía, y que después de haber dado por terminada la jornada del día tres de junio y de haber dormido con sus compañeros de viaje en las riberas del río Mayo, 10 kilómetros hacia abajo, al norte de este sitio trágico, acudió en la mañana siguiente a la inaplazable cita que el Destino, con crueldad bestial, con maldad sañuda, le había fijado en el glorioso y grande milímetro de suelo que actualmente pisamos con unción profunda, mudo el corazón, compungida el alma.

De qué cita, señores, se trataba? No de una cita infortunada para la vida del grande hombre, nó. Llegaba hacia él el instante más grande y glorioso de su vida entera, el instante en que tenía que volar, con la majestad de un dios, a los soberbios tronos de la inmortalidad para imperar en ellos como dueño y soberano señor.

Y así fue como, en virtud de un aparente capricho de las altas determinaciones del Creador, intercurrieron la soledad, el silencio, la majestuosidad tétrica del conjunto, bajo un palio helado y gris, y

ante un testigo ocular para los siglos, a constituír el escenario agreste en el que dialogaron en instante dramático—glorioso las deidades guerreras, para dar lugar a dos grandes acontecimientos históricos, épicos, que inmortalizarán, también como a Sucre, a esta afortunada "CIUDAD MARISCAL": la tumba del héroe y la cuna del mismo para los imperios de la inmortalidad.

Pregunto: cuál de las dos cunas es la verdadera para el alma, para el espíritu, para la vida intrínseca del sér? Lo que nació en Cumaná murió en La Unión, 35 años, cuatro meses después, exactamente, y lo que de Sucre nació en La Unión, vivirá, como Dios, eternamente.

La Unión (Nariño), febrero 3 de 1945.

———

El Concejo Municipal de la Unión (N.) adhiere al homenaje al Mariscal Sucre.

Acta No. 3.— Sesión del día 22 de enero de 1945.— Presidencia del Honorable Concejal Demetrio Cerón.— En La Unión, a los veinte y dos días del mes de enero de mil novecientos cuarenta y cinco, se reunieron en el salón de sesiones del Concejo Municipal los miembros principales: señores Demetrio Cerón, Florentino Martínez C., Angel Muñoz Castillo, Ramón Torres y el suplente Sr. Julio César Bolaños; con el quórum reglamentario se declaró abierta la sesión y se procedió de la manera siguiente:— Leída y puesta en discusión el acta de la sesión anterior, fue aprobada sin objeciones.— Seguidamente el Concejal Muñoz Castillo, en uso de la palabra, presentó la siguiente proposición: "Declárase el día tres del mes de febrero próximo fecha de gloriosa recordación, en que se cumple el centési-

mo quincuagésimo aniversario del nacimiento del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, como día de fiesta oficial del Municipio. El Concejo Municipal tendrá una sesión solemne en esa fecha, en cuyo acto llevará la palabra uno de sus miembros." —Puesta en discusión fue aprobada por unanimidad y en consecuencia se designó al H. Concejal Sr. Julio César Bolaños, para que en representación del Cabildo lleve la palabra en la sesión solemne.— No habiendo más asuntos de que tratar, se levantó la sesión que para constancia se firma.— (Fdo).— El Preidente.— *Demetrio Cerón.*— El Secretario.— *Joaquín Rivas O.*

———

Acta de la sesión solemne del Concejo Municipal en el monumento a Sucre.

Acta No. 4.— Sesión Solemne celebrada por el H. Concejo Municipal, en el sitio donde fue sacrificado el Gran Mariscal de Ayacucho.— En la Ciudad de La Unión, (Departamento de Nariño), a tres días del mes de febrero de mil novecientos cuarenta y cinco, se reunieron en el sitio en que se levanta el monumento que conmemora el sacrificio del esclarecido Prócer Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho, los honorables Concejales, Demetrio Cerón, Presidente de la corporación; Florentino Martínez C., Vicepresidente; Ricardo Martínez Muñoz, Julio César Bolaños, Angel Muñoz Castillo, Ernesto Folleco A., Emilio Delgado, Ricaurte Castillo y Nectario León Muñoz, con el objeto de celebrar la sesión solemne acordada en junta anterior para conmemorar el sesquincentenario del nacimiento del Mariscal Sucre. Concurrieron al acto miembros del alto clero de la arquidiócesis de Popayán, así como distinguidas personalidades de la política, del comercio y de la sociedad en el Departamento de Nariño; los colegios y escuelas y un público de más de cinco mil almas; a las once a. m. el señor Presidente del Concejo abrió la sesión. Acto seguido se ordenó dar lectura al acta de la sesión anterior.— Puesta en discusión el acta leída, fue aprobada. El Presidente de la corporación Dn. Demetrio Cerón presentó a la consideración del Concejo la siguiente Proposición: "Proposición No. 1o.— El Concejo Municipal de La Unión, Nariño, como genuino intérprete del pueblo que representa y guardador fiel de las tradiciones históricas que forman el tesoro de su pasado, saluda en esta fecha gloriosa en que se cumple el sesquicentenario del nacimiento del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, a la ilustre ciudad de Cumaná, cuna del esclarecido prócer, le hace presente que la memoria del insigne varón caído en las breñas de la Jacoba, en este municipio, ha sido venerada por todas las generaciones que han pasado, desde el día en que este pedazo de tierra Colombiana, recogió el último aliento del hombre más grande de la Epopeya Americana después del Libertador, y quiere que quede constancia en el acta de esta sesión extraordinaria del voto que formulan los habitantes de estas regiones de continuar manteniendo vivo el culto del héroe epónimo, como guardián del sitio que inmortalizó con su sangre generosa, consagrado hoy con un monumento de perenne recordación de grata memoria.— Transcríbase a la honorable Municipalidad de Cumaná, al Excelentísimo Embajador de Venezuela en Colombia y publíquese por la prensa hablada y escrita.— Presentada a la consideración del H. Cabildo por el suscrito Concejal.— Demetrio Cerón.— La Unión (N.), febrero 3 de 1945."— Sometida a discusión, fue aprobada.— A continuación el Vicepresidente del Concejo, Don Florentino Martínez C., presentó la siguiente proposición:

"Proposición No. 2o.— El Concejo Municipal de La Unión (N.), se honra en presentar su atento saludo de bienvenida a los ilustres visitantes que han concurrido a realzar con su presencia los actos conmemorativos que la ciudad de La Unión, ha consagrado a la memoria del Gran Mariscal de Ayacucho, en el ciento cincuenta aniversario de su nacimiento.— Transcríbaseles en nota de estilo y publíquese por la prensa.— Presentada a la consideración por el Concejal Florentino Martínez C.— La Unión (N), febrero 3 de 1945."— Puesta al debate la anterior moción, fue aprobada.— Luego el H. Concejal don Julio César Bolaños, designado para el efecto, hizo el elogio al Gran Mariscal, elogio que mereció grandes aplausos.— En este momento, Monseñor Gustavo Vallecilla, Secretario General del Arzobispado de Popayán, en breve y elocuente discurso, hizo entrega en nombre del Excelentísimo Doctor Diego María Gómez, Arzobispo de Popayán, de la zona de terreno cedida por éste a la Academia Nacional de Historia de Bogotá, a fin de que se levante el monumento que la gratitud de los pueblos de América y el decoro Nacional reclaman para la ilustre víctima sacrificada hace ciento quince años en estas breñas, mediante la donación Eduardo Santos.— El Rector del Instituto Juanambú, señor Sergio Elías Ortiz, comisionado para el efecto agradeció en nombre del H. Concejo Municipal, la donación del terreno y aceptó para la Academia Nacional de Historia dicha cesión.— Acto seguido las bandas de Guerra anunciaron el minuto de silencio en honor del Gran Mariscal.— Se cerró el acto con las salvas del Cuerpo de Policía, que hizo los honores militares en ese momento.— Para constancia de la sesión se extiende la presente acta que firman los miembros de la mesa directiva. (Fdo).— El Presidente,— *Demetrio Cerón.*— El Secretario,— *Joaquin Rivas O.*